

2 OCTUBRE 2022
DOM 27-C



1. CONTEXTO

NO DA LO MISMO CREER QUE NO CREER

Tal vez pienses que los creyentes creemos en Dios porque hemos descubierto no sé qué pruebas, argumentos o razones que a ti se te escapan. No. La fe en Dios nos brota así en nuestro corazón. Al menos yo no creo porque tenga pruebas científicas que me han convencido para creer.

La confianza en Dios nace dentro de mí a un nivel más hondo. Creer en Dios es creer en la vida, intuir que el mundo tiene un sentido último, confiar en el misterio que encierra la creación: **un Dios que es amor.**

No es cuestión de pruebas que te den seguridad. Podemos estar muy seguros de las cosas más simples: sabemos que dos y dos son cuatro. Pero cuanto más profundo es el misterio que queremos ahondar, tanto más hemos de abrirnos a él, prepararnos interiormente, acogerlo con toda nuestra persona, escuchar toda llamada, por pequeña y humilde que os pueda parecer.

Tal vez estés pensando: "Pero qué necesidad tenemos de plantearnos la cuestión de Dios?, ¿no hay asuntos más importantes?, ¿para qué nos puede servir Dios?, ¿cambia algo la vida?"

Como es natural, si una persona no ha vivido nunca la experiencia de creer en Dios, no puede sospechar qué significa creer en él. Incluso los que nos sentimos creyentes a veces no valoramos todo

lo que encierra entender y vivir la vida desde la fe en Dios. Aunque sea de manera torpe, voy a tratar de recordarlo.

Creer en Dios significa sentir que este mundo que me rodea y en el que vivo no es algo cerrado, sin profundidad ni misterio alguno, algo que se termina en sí mismo. Esto es solo el "punto de partida". La Vida es más que esta vida. Este mundo tal como lo conozco hoy, lleno de problemas, conflictos y sufrimiento, no es nuestro destino último.

Creer en Dios significa sentir la vida como un regalo que me viene de una fuente que es amor y solo amor. Poder vivir esta vida que siento dentro de mí y de los demás como un proceso misterioso que nos está conduciendo a una plenitud de libertad, gozo y descanso final. No vivimos solos y perdidos. No estamos en manos del destino o la fatalidad. La vida está dirigida por un Padre.

Creer en Dios significa sentir con otra hondura mi propia dignidad. No soy solo un conjunto de células que dentro de muy poco se disolverá. Alguien ha pensado en mí. Alguien busca mi bien. Me siento sostenido y estimulado por Dios para hacer mi recorrido por este mundo con la esperanza y dignidad propias de un hijo de Dios.

Creer en Dios significa reconocer esa misma dignidad de hijos e hijas de Dios en todos los hombres y mujeres. Todos son amigos, todos son hermanos míos. También esas gentes que mueren de hambre, miseria y desnutrición en los países últimos de la Tierra. No somos solo miembros de la especie humana. Somos hermanos. Formamos una sola familia porque tenemos un mismo Padre.

Creer en Dios significa que no puedo vivir de manera aislada, desentendiéndome de los demás. No podré hacer grandes cosas, pero sé que, desde mi pequeñez, he de contribuir a una vida más humana, más digna y dichosa para todos, empezando por los últimos, los más solos y desvalidos, los más indefensos y maltratados por la vida o las injusticias.

Creer en Dios significa creer que el mal, la injusticia y la muerte no tienen la última palabra. Un día, todo lo que aquí no ha podido ser, lo que ha quedado a medias, nuestros anhelos más grandes, nuestros deseos más íntimos, alcanzarán en Dios su plena realización.

No es lo mismo creer en Dios que no creer. Tú eres quien tienes que elegir cómo quieres vivir y morir. Si permaneces indiferente sin elegir nada ya estás eligiendo. Has elegido no elegir. Probablemente es la elección más pobre y desacertada.

(Cf. **José Antonio Pagola**. Creer, ¿para qué? Conversaciones con alejados. Pg. 24-26. PPC. Madrid 2009)

2. TEXTOS

1ª LECTURA: HABACUC 1, 2-3; 2, 2-4

*¿Hasta cuándo clamaré, Señor, sin que me escuches?
¿Te gritaré: «Violencia», sin que me salves?
¿Por qué me haces ver desgracias, me muestras trabajos, violencias y catástrofes, surgen luchas, se alzan contiendas?
El Señor me respondió así:
«Escribe la visión, grábala en tablillas, de modo que se lea de corrido.
La visión espera su momento, se acerca su término y no fallará; si tarda, espera, porque ha de llegar sin retrasarse.
El injusto tiene el alma hinchada, pero el justo vivirá por su fe.»*

Estamos en el año 600 antes de C. Es la época del gigante caldeo (Nabucodonosor). Se dirige al este, arrasando, “un pueblo cruel y fogoso, que recorre las anchuras de la tierra, imponiendo su ley y su poder”.

El profeta no comprende lo que está pasando y lo dice: que Dios castigue a su pueblo, de acuerdo. Pero que lo haga a través de un pueblo todavía más cruel y criminal que Israel, no lo entiende. De ahí su lamento, su grito al Señor. Es el primero en pedir cuentas a Dios de su acción en el mundo.

Su pregunta angustiada la irá respondiendo Israel a través de sus escritos del libro de la Sabiduría. Pero ya él mismo dará una respuesta no intelectual sino vital que será retomada por Pablo en su carta a los Romanos: el justo vivirá por su fidelidad.

- *También nosotros nos hacemos preguntas vitales (con el dolor, el sufrimiento, el mal del mundo, las guerras...) ¿de dónde sacamos la fuerza para ir comprendiendo entre dudas y búsquedas?*

SALMO RESPONSORIAL: 94,

**Ojala escuchéis hoy la voz del Señor:
«No endurezáis vuestro corazón.»**

Venid, aclamemos al Señor, demos vítores a la Roca que nos salva; entremos a su presencia dándole gracias, aclamándolo con cantos. R.

Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro. Porque él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía. R.

Ojala escuchéis hoy su voz: «No endurezáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto; cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras.» R.

2ª LECTURA: 2ª TIMOTEO 1, 6-8. 13-14

Querido hermano:

Reaviva el don de Dios, que recibiste cuando te impuse las manos; porque Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio.

No te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor y de mí, su prisionero.

Toma parte en los duros trabajos del Evangelio, según la fuerza de Dios.

Ten delante la visión que yo te di con mis palabras sensatas y vive con fe y amor en Cristo Jesús. Guarda este precioso depósito con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros.

Comienza Pablo presentando los motivos que deben impulsar a Timoteo al fiel cumplimiento de su tarea apostólica. El recuerdo de su ordenación en la que le fue conferida la gracia de Dios le seguirá proporcionando estímulo para mantener las cualidades con las que superará su juventud y timidez. La fortaleza frente a las dificultades, el amor que lo impulsará a una entrega total a Cristo y al bien de los hombres, y la prudencia necesaria para el gobierno del pueblo de Dios.

El ejemplo de Pablo, que sufre las penalidades de la prisión, debe de animarlo. Siempre el ejemplo de un testigo es acicate para la fe. Pablo sabe en quién ha puesto su confianza y tiene seguridad absoluta de que no se verá defraudado. La tradición, que Timoteo tiene que guardar con toda fidelidad, es la que ha recibido de Pablo y que con el poder de Cristo será predicada a todas las gentes. Cuenta para ello con la acción del Espíritu Santo a la que, como Pablo, ha de someterse dócilmente.

EVANGELIO: LUCAS 17, 5-10

Con el cap. 17 nos encontramos en la segunda parte de la narración del viaje a Jerusalén. En ella hay una serie de recomendaciones que la cierran: advertencia contra el escándalo (1-3a), la actitud de perdón fraterno (3b-4) y el poder de la fe (que es el evangelio de hoy).

Lucas regresa al tema iniciado en 13,22-30: la renovación interior de los discípulos.

Se completa con una exposición de los límites y condicionamientos del servicio cristiano.

El discípulo es como un servidor, cuya obligación es cumplir lo que se le mande; ésa es su misión, su destino y su orgullo, sin ulteriores pretensiones. Y así tiene que reconocerlo: «Somos unos meros servidores»; nada más.

5-6 *En aquel tiempo, los apóstoles le pidieron al Señor: «Auméntanos la fe.»*

El Señor contestó:

- «Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: "Arráncate de raíz y plántate en el mar."»

Y os obedecería.

A lo largo del camino que están haciendo a Jerusalén, Jesús va presentando **una serie de exigencias a sus discípulos**. Las vamos analizando y comentando cada semana desde el domingo 13.

La petición de los apóstoles sobre un fortalecimiento de su fe surge, -nos comenta Fitzmyer,- de una manera sorprendente y bastante abrupta. En los capítulos anteriores no hay la más mínima sugerencia que prepare esta verdadera irrupción de **la temática de la «fe»**; en cuanto característica de la vida cristiana, aparece aquí de repente en el curso de las instrucciones durante el viaje a Jerusalén.

Los discípulos son hombres sencillos, no demasiados religiosos, acostumbrados a luchar en la vida para salir adelante. Pero poco a poco van entendiendo las palabras del Maestro. Los gestos y señales que han ido experimentando juntos les están abriendo la mente y se dan cuenta lo mucho que les queda por ser auténticos seguidores. Ellos tienen **miedo del camino** que se les abre y no se sienten con fuerzas. De ahí su petición, sencilla y auténtica. **Son conscientes que allí radica la fortaleza que les falta**.

Jesús responde con una sentencia que es, a todas luces, exagerada. Recurre a la imagen del **grano de mostaza**, que ya había empleado para referirse al crecimiento del Reino en 13,18-19. Una semilla que se empleaba como ejemplo de pequeñez, pero capaz de convertirse en un gran árbol. Con eso les está diciendo que no es necesaria una gran fe para hacer lo que debe hacerse, para conseguir lo que uno se propone. **Basta con tener algo de fe**. Lo que esa fe puede hacer es inimaginable.

El sicómoro tiene unas raíces tan fuertes que puede permanecer en pie **600 años**, a pesar de las inclemencias del tiempo. Intentar trasplantarlo era una ingenuidad. Por otra parte, es absurdo pretender plantarlo en el mar. En el mar no crecen los árboles. **Pero esta imagen expresa plásticamente la fuerza de la confianza**.

Una fe pequeña puede lograr lo que parece imposible. Para Jesús lo importante no es la cantidad de fe, sino su calidad, es decir, **su grado de autenticidad**. Aunque la fe no sea mayor que un grano de mostaza, si es verdaderamente auténtica, podrá realizar milagros. La fuerza de la fe no depende el tamaño, sino de su punto de apoyo que es **la promesa de Jesús**.

Mirando a **la iglesia de Lucas** esta pericopa nos hace pensar que la primera comunidad cristiana pronto se dio cuenta de que la fe no solo era necesaria en un momento inicial, **sino a lo largo de toda la vida**. Pueden que recordaran su primer momento de flaqueza, que fue la muerte de Jesús, con la pérdida de las esperanzas que acarrea. Por eso piden a su Maestro que robustezca su fe tambaleante y el apelativo que Lucas pone en su boca es el **de Kyrios, Señor**, para poner de relieve su poder.

7-10 *Suponed que un criado vuestro trabaja como labrador o como pastor; cuando vuelve del campo, ¿quién de vosotros le dice: "En seguida, ven y ponte a la mesa?"*

¿No le diréis: "Prepárame de cenar, cíñete y sírvenme mientras como y bebo, y después comerás y beberás tú"?

¿Tenéis que estar agradecidos al criado porque ha hecho lo mandado? Lo mismo vosotros: Cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: "Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer." »

Esta pequeña parábola resulta desconcertante y hasta irritante. Parte de un modo de actuar aceptado en aquella época: **el trabajo de los esclavos**. Había dos formas de trabajar en favor de otro. Una era a partir de un contrato entre hombres libres por el que la persona se ajustaba a unas horas y recibía un salario. Era el trabajo de **los jornaleros**. Es similar a lo que hoy entendemos por un empleo. La segunda forma era **la esclavitud**. El esclavo no tenía derechos. Pertenece a su dueño y tenía que hacer lo que éste le mandara y cuando éste se lo mandara. La jornada de trabajo no se acababa en el campo, sino en la casa, en donde debe aún preparar y servir la cena. Sólo cuando lo había hecho todo podía comer y descansar. No había salario ni derechos.

Jesús, al exponer esta parábola, no está justificando la esclavitud ni la injusticia que supone una práctica semejante. No es ese el tema que está tratando. Lo único que hace **es tomar como ejemplo** algo que todos conocían para hablar de las relaciones del hombre con Dios.

Para J. Jeremías ciertos detalles de la parábola no parecen muy adecuados para una instrucción dirigida a «los discípulos» o a «los apóstoles»; habría que pensar, más bien, que las recomendaciones iban originariamente **destinadas a los fariseos**, por aquello del mérito. En cambio, otros especialistas piensan que el objetivo de la parábola consiste en «excluir toda clase de expectativas **de recompensa como premio al mérito**».

Y su enseñanza podría ser ésta: Dios no tiene que agradecernos ni recompensarnos por las cosas buenas que hacemos ni por asumir responsablemente nuestras obligaciones en la vida. Para eso estamos aquí. No le hacemos ningún favor por el que tenga que sentirse obligado con nosotros. **Sus bendiciones son siempre gratuitas e inmerecidas**. El hecho de que los discípulos hayan cumplido con su deber no les da derecho a reivindicar ante Dios que son dignos de su misericordia. **La misericordia es siempre un don**.

Dicho de otra manera: el discípulo es como un servidor, cuya obligación es cumplir lo que se le mande, esa es **su misión, su destino y su orgullo**, sin más pretensiones. No puede alegar derechos ni exigir remuneración. **Lo suyo es estar siempre al servicio**.

3. PREGUNTAS...

1. *Los apóstoles le pidieron al Señor: auméntanos la fe*

Se van acercando a Jerusalén, y los discípulos han seguido al Maestro con más incertidumbres que certezas. Es verdad que lo aceptan como Maestro y Señor "poderoso en obras y palabras", pero no entienden ni su proyecto ni sus opciones.

Desde el domingo 13-C (26 de junio 2022) en el que se inicia el viaje (el "camino") a Jerusalén, hemos profundizado cada domingo en las enseñanzas que Jesús les ha transmitido, con hechos y palabras.

El viaje les ha comprometido en los grandes temas del seguimiento: la escucha atenta de la Palabra (Marta y María); los riesgos de la salvación (los bienes); las exigencias del seguimiento (los 72); la presencia actual del reino; la misión a todos los pueblos abriendo camino; la práctica del amor compasivo y solidario (samaritano); la oración de continuo e insistente; el amor del Padre (hijo prodigo); la astucia y prontitud en las opciones...

Han sido muchas vivencias y ven que no están a la altura del compromiso y el seguimiento. De ahí esa petición tan sincera y humilde.

Porque la respuesta al seguimiento de Jesús es la fe. Es la confianza que no se deja disuadir. Es el encuentro con una persona que seduce y no se puede ni borrar ni olvidar.

- *Mi oración de cada día, ¿contiene esta súplica? ¿Le pedimos cosas o más bien "auméntanos la fe" para cumplir cada día y en cada momento tu voluntad?*

2. *" Si tuvierais fe como un grano de mostaza..."*

Todavía decimos que somos creyentes, que tenemos fe, y pensamos en una serie de verdades que hay que creer y una serie de doctrinas difíciles de comprender.

La fe es un regalo, un don, una gracia, un encuentro con alguien. La fe es creer, tener confianza, seguir a una persona. Creyente es, esencialmente, uno que se ata, se adhiere totalmente al Otro. Uno que se fía del Otro.

Es verdad que el entorno de hoy no favorece la fe. Hay desencantos por los testimonios que vemos de gente de iglesia, porque caemos fácilmente en la indeferencia, el escepticismo y el relativismo. De ahí nuestra oración sencilla de cada día: **auméntanos la fe**. Y poco a poco ira brotando como semilla esa confianza en el Padre, en Jesús. Porque en el fondo la fe es una confianza muy sencilla en Dios, un impulso de confianza retomado sin cesar en el transcurso de la vida. No hay que desfallecer, aunque tengamos dudas y pasemos por una "nochecita oscura".

- *Un mínimo de fe es suficiente para poner a disposición del discípulo la potencia de Dios. ¿Hasta cuando esperaré para ponerme en el intento?*

3. *Cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: no somos más que unos pobres criados, hemos hecho lo que teníamos que hacer"*

Según los especialistas la parábola tiene un trasfondo eclesial. Lucas tiene detrás a su comunidad, a su iglesia. Cuando dice "esclavo", "siervo" designa a menudo a un ministro de la Iglesia; **el verbo diakono, "servir" evoca a veces el servicio de las mesas**. Lucas espera de los responsables de la Iglesia que cumplan su tarea con celo y fidelidad, sin esperar felicitación o recompensa especial alguna. Dios tiene necesidad de hombres y de mujeres, pero juzga inútiles a los que se creen particularmente indispensables. Lo que cuenta es el trabajo de servir a Dios y en el seno de la comunidad.

El discípulo, no puede alegar derechos ni exigir remuneración. Lo suyo es **estar siempre al servicio de Jesús**, con la humildad de quien reconoce la desproporción entre su prestación y la tarea encomendada.

Pasando a nuestras realidades actuales: ¿quien no pasa factura del "servicio" prestado, sea seglar, cura, monja u obispo? ¿Quien no se encumbra detrás de las obras, de las predicaciones, de los asilos y residencias? **¿Quien no se apropia de lo que no es suyo?**

4. ORACION DE CABECERA

"Señor, auméntanos la fe. Enséñanos que la fe no consiste en creer algo sino en creer en tí, Hijo encarnado de Dios, para abrirnos a tu Espíritu, dejarnos alcanzar por tu Palabra, aprender a vivir con tu estilo de vida y seguir de cerca tus pasos. Sólo tú eres quien "inicia y consume nuestra fe".

Aumenta nuestra fe para percibir tu presencia en el centro mismo de nuestra debilidad. Que no alimentemos nuestra vida con doctrinas teóricas, sino con la experiencia interna de tu persona. Que nos dejemos guiar por tu Espíritu y no por nuestro instinto de conservación.

Auméntanos la fe. Haznos vivir una relación más vital contigo, sabiendo que tú, nuestro Maestro y Señor, eres lo primero, lo mejor, lo más valioso y atractivo que tenemos en la Iglesia.

Auméntanos la fe. Haznos vivir identificados con tu proyecto del reino de Dios, colaborando con realismo y convicción en hacer la vida más humana, como quiere el Padre. Ayúdanos a vivir humildemente nuestra fe con pasión por Dios y compasión por el ser humano.

Auméntanos la fe. Enséñanos a vivir convirtiéndonos a una vida más evangélica. Despierta entre nosotros la fe de los testigos y los profetas.

Señor, aumenta nuestra fe para encontrarte no sólo en las iglesias sino en el dolor de los que sufren; para escuchar tu llamada no sólo en las Escrituras Sagradas sino en el grito de quienes viven y mueren de hambre. Que nunca olvidemos que son los pobres quienes plantean a tu Iglesia las preguntas más graves.

(PAGOLA)